

EDUARDO L. HOLMBERG

RAÚL A. RINGUELET^(*)

Eduardo L. Holmberg fué un hombre múltiple. Su genio proteico se desparramó en muchos aspectos de las ciencias y de las letras, y en verdad no tiene parangón entre los que han sido en el medio intelectual argentino. Pero sí mucho hizo en asuntos tan dispares como la descripción científica de abejas y de arañas, de moluscos, batracios, reptiles, aves y mamíferos, como en tratar temas de botánica, arqueología, en proyectar edificios, en ser periodista, traductor de Dickens, autor de un voluminoso poema en verso, políglota, cuentista y divulgador de las ciencias, publicista y ensayista, no menos verdad es que, lo hizo bien.

En 1874, apenas si tenía 20 años, escribió su primer trabajo: *“Los benefactores y enemigos de la agricultura”*, iniciándose así en los estudios de entomología –la ciencia de los insectos– que lo cuentan entre los mejores y los primeros cultores en el país. Y desde entonces no se dió descanso hasta los 70 años o poco más, se sumerge en una penumbra intelectual

prolongada hasta su muerte, acaecida a los 85 años en 1937. Hasta entonces era el decano de los naturalistas argentinos junto a Enrique Lynch Arribálzaga, que falleciera poco antes. No hay duda de que si grande fue su inteligencia y vasta su cultura, no poco era lo que traía de cuna. Su padre, Eduardo Holmberg, fué un distinguido militar que sirviera como oficial en el ejército de Lavalle, a su vez hijo del barón Holmberg, de origen sajón, que vino a luchar por la causa de la independencia con San Martín y Alvear, ya fogueado en las guerras napoleónicas. Este su abuelo, con otros europeos que atraídos por una causa tan bella como lejana vinieron a América a luchar por una libertad que no era la suya, tendría, así lo supongo, espíritu ágil y decidido, sangre generosa y aventurera. Uno de los rasgos personales de Holmberg fué su espíritu bohemio, quizás herencia de su abuelo.

El y otros jóvenes de la época, como su amigo y compañero Enrique Lynch

Arribálzaga formaron en la década del año 70 un grupo de entusiastas y desinteresados, que iniciaron en una forma orgánica el cultivo de las ciencias de la Naturaleza. Una de las muestras de ese entusiasmo desbordante fué la creación del *“Naturalista Argentino”*, revista de corta vida donde inserta varios de sus primeros trabajos. Marcan una época en la historia científica e intelectual argentina que quizás no se haya repetido con el mismo brillo. La presencia de Burmeister, insigne representante de la ciencia oficial europea, venido definitivamente al país en 1862 para organizar y dirigir el Museo Nacional de Historia Natural, seguramente fué un acicate poderoso para estos jóvenes de la tierra del trigo y del ganado. Es de pensar también que la presencia de Weyenbergh, Doering y otros hombres de ciencia europeos, incorporados en esos momentos a la Universidad de Córdoba, dieron sino el clima necesario –ya que no dejaron discípulos– el ejemplo. Quizás

el estímulo al trabajo fecundo lo recibió Holmberg de otra manera. Siendo tan argentino como siempre lo demostró sobradamente, comprendió seguramente la obligación moral que tenían los argentinos cultos de hacer punta, de no tener que seguir acudiendo a los hombres de afuera para desarrollar las disciplinas científicas en el país. Y su obra toda lo prueba.

Holmberg fué el primer exponente argentino defensor de las teorías darwinistas, sosteniendo con ese motivo una polémica con Burmeister, en la que desplegó un acopio de conocimientos y una habilidad muy raros de darse a sus años. Hasta 1880, en que se recibe de doctor en medicina con una tesis sobre el fosfeno, ya llevadas publicadas varias investigaciones sobre la fauna argentina y tenía un nombre hecho en las ciencias naturales. Por otra parte, nunca ejerció de médico. Por esos tiempos, antes de los 30 años, viajó por Salta, el Chaco, Misiones y el sud de la provincia de Buenos Aires, publicando luego interesantes resultados sobre aves, mamíferos y arácnidos que observa y colecciona. Hay un hecho insólito que debe retener nuestra atención. Es bien sabido que en 1872 se realiza la expedición militar al Río Negro, planeada y dirigida por Julio Roca, militar de 36 años entonces. Agregada a la columna va una comisión científica que se ocupa de estudiar y recoger muestras de las riquezas naturales de esa región desconocida. El joven Holmberg de 18 años fué con ella recogiendo piedras, plantas

o insectos, y tuvo a su cargo el estudio de las arañas y los insectos que con los informes de otros naturalistas se publicaron más tarde en los resultados científicos de la expedición. Es sorprendente que en aquella época los hombres que ordenaron esa avanzada al “desierto” comprendieran la importancia del estudio científico encarado en esa forma, desde el principio. Y es insólito porque no lo han comprendido casi ninguno de los conductores de épocas más recientes. Al general Roca se le debe en parte la anexión de la comisión científica, y si se le llamó luego “el zorro” en la jerga político criolla, se vé claramente que sabía ver más allá y rastrear por el camino exacto en asuntos apartados de su actuación corriente.

Su saber tan grande como incomparable entre nosotros no podía quedar dentro de los límites de una sola disciplina. Erudición que se desborda con un enciclopedismo extraordinario. Los trabajos zoológicos comenzados a los 20 años y no abandonados hasta su última producción escrita, constituyen sin duda su mayor valor como hombre de ciencia, pero verdad es que trató con autoridad indiscutida otros temas: de botánica desde 1882, de medicina, de mineralogía y geología, de arqueología. Desde los primeros años el genio eufórico del joven Holmberg se difunde y revela tanto acierto en el gabinete de estudio como en las bellas letras. Cuentista y narrador chispeante e ingenioso sabía encontrar la forma más justa

para hacer amenos los temas más áridos de la ciencia. Esta su habilidad de hacernos sonreír se muestra hasta en sus artículos científicos sobre temas menores, como por ejemplo en una nota aparecida en 1917 sobre un caso de mimetismo en abejas silvestres llamadas *Celeoxis*. Descubre que las hembras de otra clase de abejas, los Megáquilos, no se sulfuran al enfrentarse con los machos de *Celeoxis*, y que ello se debe a que vistos de frente los machos intrusos no se diferencian de los propios. Y concluye con estas frases. “Nosotros no podremos conocer jamás la psiquis de un Megáquilo hembra, ni cual es el coeficiente de su aptitud estética, pero es un hecho que mientras el *Celeoxis* macho la fascina al presentarle el rostro del consorte, la *Celeoxis* hembra se introduce en el nido de la Megáquilo fascinada y deposita un huevo triunfante en la cuna de su prole. Sería interesante para un naturalista observador y de espíritu dramático el hecho de que en uno de esos instantes de deliquio aéreo se presentara de pronto en escena el Megáquilo, el cual tiene mandíbulas mucho más robustas. ¡Pero son tan confiados!” Y sigue diciendo: “El autor no es afecto, como Maeterlink, al ocuparse de las abejas, a privar a su lector del placer de reflexionar, de modo que dejándole el derecho de formular una moraleja, sólo espera que no se le ocurra adoptar la energía ética de Marcel Prevost”.

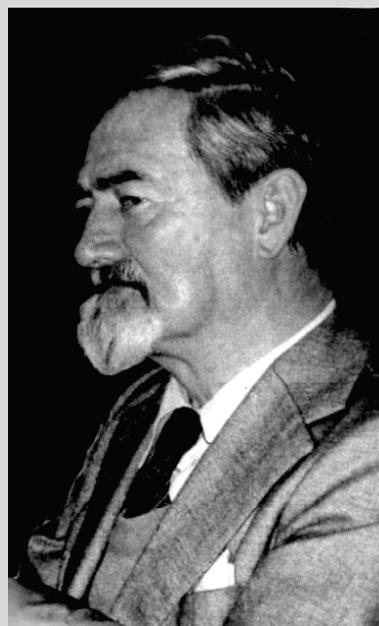
Políglota como era aplicóse también a la tarea de las traducciones, dejándonos

Raúl A. Ringuelet

Intentar escribir sobre Raúl A. Ringuelet (1914-1982) no es una tarea fácil. La calidad y brillantez de su obra y sus características personales, hacen dificultoso poder transmitir su figura. Hablar sobre él, significa introducirse en una de las páginas más destacadas de las Ciencias Naturales en la Argentina, ya que su trabajo dejó aportes substanciales en los campos de la Zoología, Ecología, Biogeografía, Limnología, Ictiología y Protección y Conservación de los Recursos Naturales, dando como resultado la publicación de más de 200 trabajos científicos, tratados, textos y más de un centenar de artículos de divulgación. Ocupó los máximos cargos dentro de la docencia e investigación así como la dirección de organismos universitarios y técnicos provinciales, recibiendo numerosas distinciones a través del tiempo.

Fue uno de los primeros naturalistas en impulsar la famosa "transferencia" a los diferentes actores sociales y educativos. Era un profundo nacionalista que amaba a su país, no por medio de la declamación, sino desde su posición de profesional de las Ciencias Naturales convencido, además, de la necesidad de la integración del científico con la sociedad en su conjunto. Pruebas de ello, las podemos encontrar en algunos de sus escritos El hombre de ciencia tiene una misión para con la ciencia; pero primero la tiene con la sociedad en la que nació o que adopta, esto es, con su país.

Poseía un espíritu rico, inquieto y polifacético lo que le permitió la formación de grupos de trabajo de los que surgieron muchos de los destacados profesionales que hoy en día se encuentran en las máximas posiciones de la docencia universitaria y sistema de investigación. Estas líneas reflejan la tarea de un hombre que, como cualquiera, no era perfecto, pero tenía un profundo amor a la patria y a su profesión, mostrando una generosidad poco habitual con su sabiduría, a pesar de que, como decían los griegos, era uno de aquellos hombres que se hallan al principio de todas las cosas.



Hugo L. López

Jefe División Zoología Vertebrados

buenas muestras de obras inglesas. Pudo darse el gusto, muy raro por cierto entre nosotros, de escribir un valiosísimo estudio sobre abejas silvestres, enteramente en latín. Fué también distinguido periodista, perteneciendo a la redacción de tres periódicos, entre ellos El Nacional y el Argentino. La sola mención de sus artículos en estos y otros diarios y revistas ocuparía varias páginas. Como en las conferencias que diera pone de relieve su facundia, la habilidad del escritor innato, una clara y serena visión de filósofo y esteta.

Fuera de las ciencias puras

se destacó notablemente en la cátedra y en el libro. Profesor desde temprana edad en la Escuela Secundaria de Profesoras, dictando Historia Natural, donde se jubilara en memorable acto en 1914. Luego profesor de Botánica en la Universidad de Buenos Aires. Allí dejó sus huellas, y se formaron a su lado jóvenes como el Dr. Cristóbal Hicken, uno de los mejores botánicos del país. Comprendió certeramente cuanto valor tiene la enseñanza en la formación de los naturalistas, y de su mano es el tratado de Botánica que tantos hemos tenido, fácilmente el mejor texto

escrito aquí sobre esa materia. En este aspecto produjo una obrita editada oficialmente, "*El joven coleccionista de Historia Natural en la República Argentina*", aparecida en 1905 y que es una maravilla en su género. Ahora y de tiempo atrás está desgraciadamente agotada, librito que bien merece ser reeditado y difundido ampliamente.

Como Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires desde 1888 hasta comienzos del siglo, se destacó mucho. De su mano propia fueron los proyectos de las casas de los animales, como ese templo indio que alberga al elefante.

Consciente de la labor cultural que debe llenar un zuario público dió impulso a la Revista del Jardín Zoológico donde escribiera gran número de artículos de variada índole.

Comprender a Holmberg y su obra es como introducirse en un bosque en el que cada árbol tiene un fruto precioso, de sabores distintos y saludables. La mera mención de los títulos de su producción es un vislumbre de lo que ha dado de sí. Tenía esa su manera de hablar pausada salpicada de giros vernáculos y paradojas desconcertantes, conversación llena de humor reflejada en varios artículos suyos. Tiene un anecdotario rico en acciones sorprendentes, llenas de gracia espontánea que espera el escritor que lo sepa exponer en la biografía que algún día tendremos.

Eduardo L. Holmberg es un exponente de los mejores valores humanos que ha tenido el país, y se ha dicho que era el último de nuestros humanistas. Para tranquilidad de algunas conciencias recibió en vida parte de las satisfacciones que otros reciben después de haberla perdido. Cuando a su

vejez gloriosa le sobraba luminosidad para el título de Maestro, que le daban corrientemente los que a él acudían. En 1927, la ciudad de Buenos Aires creó el premio Eduardo L. Holmberg para el mejor trabajo de ciencias naturales publicado por un porteño, premio que discierne la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fué un homenaje al sabio cuando cumplió los 75 años. Este y otros homenajes por parte de entidades científicas sin embargo no le revelaron a él mismo la importancia de su persona en el desarrollo de la cultura argentina, papel que se negaba a reconocer.

La vida y obra de Eduardo L. Holmberg es un ejemplo de un verdadero valor de la cultura argentina, valor superior, accesible y eficaz que el país no supo aprovechar en toda su grandeza. Su calidad de hombre de ciencia está complementada por una íntima vocación por la enseñanza, por su acendrado patriotismo y su visión certera. En el vaivén a veces estúpido de los acontecimientos grandes y

mínimos de un país, quedan vidas y acciones útiles, valores culturales que como Holmberg deben mostrarse como ejemplos reales.

Nota: En el texto se ha respetado la ortografía original.

*Conferencia pronunciada el 6 de mayo de 1944 por L. S. 11, Radio Provincia de Buenos Aires.

coffe shop

MUSEO
café

cafetería minutas
cigarrillos golosinas

frente a la Sala IX / consultas al 424 5424 / 15 463 2846